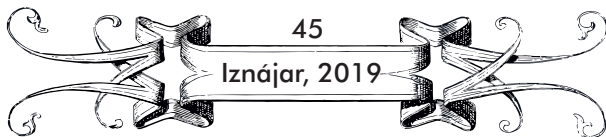




EL REPARTO DEL PASTEL

Fernando Molero Campos



EL REPARTO DEL PASTEL

FERNANDO MOLERO CAMPOS

45

—

2019

3

El reparto del pastel

*Imprime: Publicidad El Castillo
 C/ Puerta del Rey, 2
 14970 IZNÁJAR (Córdoba)
 Telf. y Fax: 957 53 47 19
 imprentaelcastillo@gmail.com*

Depósito legal: CO-831/2019

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2019
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
Paqui Ramírez Díaz
Manoli Díaz Lazo

Cada 25 de septiembre, para no molestar, los vecinos de la señora Sogen Mitshuishi hacían una reverencia ante su puerta y dejaban una pequeña ofrenda. Una cesta con galletas. Un jarroncito con flores. Una crema para las manos. Un peine de nácar. Una mantita para cubrirse las piernas en los duros días del invierno. Silenciosas muestras de respeto hacia una mujer que era toda una institución en el barrio.

Cada 25 de septiembre, los hijos de la centenaria señora Sogen Mitshuishi se reunían en la casa del hermano mayor, donde ella vivía según los cánones de la familia tradicional, para celebrar un año más su cumpleaños. Y ya iban ciento ocho. Algu-

nos la consideraban la mujer más anciana de Japón, aunque había otros que no compartían este dato y aseguraban que había otra en Kioto que sobrepasaba con creces una década por encima del siglo. Los genes. La buena alimentación a base de soja, pescado crudo y arroz hervido. La dureza de espíritu de su generación. Justificaciones con las que se trataba de explicar su longevidad. En cualquier caso, de lo que no cabía duda era que la respetada señora Sogen Mishuishi ostentaba por derecho propio el título en la ciudad de Kobe. De hecho el Ayuntamiento se proponía cada año rendirle honores como se merecía una mujer que había vivido tanto, nada más y nada menos que en tres siglos distintos, con sus convulsiones históricas, sus tragedias y sus derivas políticas. De la era Meiji a la moderna sociedad surgida tras la debacle atómica de la II Guerra Mundial. Pero su primogénito Akira y sobre todo su nuera Kikue se negaban con excusas que no variaban casi nada

de un año a otro. Alegaban su extrema timidez, un viaje repentino a casa de otro hijo en la isla de Honshu, su delicado estado de salud y que tenía la cabeza un poco perdida. Muchas gracias, muchas gracias. El año que viene, el año que viene, repetían cada vez que un edil los visitaba con semejante propuesta. Y así iban pasando los años, así la señora Sogen Mitshuishi envejecía en silencio convertida en toda una leyenda.

Su marido, el señor Toshiro Kato, hacía casi veinte años que había muerto. De un ataque al corazón. Desde entonces nadie la había vuelto a ver en la calle. Cuando alguna conocida o vecina preguntaba a alguien de su familia por ella y por su estado de salud, en los primeros días respondía indefectiblemente que muy apenada por la pérdida, tan triste que no deseaba ver a nadie, a veces ni a sus seres más queridos. Paciencia, qué se le va a hacer. Salúdela de mi parte, le decían. Luego, poco a poco, se acostumbraron a mentir que muy bien pero

que ya le fallaba la vista o el oído, que apenas se levantaba de la cama al sillón y del sillón a la cama, que no hablaba mucho, que le costaba trabajo recordar, que los tenía siempre pendientes de ella, casi sin poder moverse de su lado. Las mentiras se sucedían como una bola de nieve que creciera al rodar por una pendiente helada. Inventaban que la habían dejado a cargo de una enfermera si salían a cenar por ahí o se marchaban unos días de vacaciones, simulaban el sonido de la sirena de una ambulancia en la noche para aparentar que había sido atendida de urgencia en su domicilio o mostraban fotos trucadas en las que aparecía con los ojos cerrados y rodeada de toda la familia a punto de soplar las velas de su tarta de cumpleaños. Todo valía con tal de que nadie supiera que en realidad la señora Sogen Mitshuishi llevaba muerta más de una década, como el resto de sus escasas amigas, aquellas que jamás venían a visitarla porque también habían pasado a mejor vida.

Aquel 25 de septiembre en el que cumpliría la friolera de ciento ocho años, sin embargo, iba a ser distinto. Y si su familia no representaba a la perfección su papel todo podría irse al traste, sumiéndola en una deshonra de la que no sabría cómo recuperarse. Menos mal que en Japón ya nadie lavaba su honor rajándose el vientre mediante el rito del harakiri, porque si no aquello podría haber dado para un kabuki como el de *Ronin 47*.

El primero en llegar a la casa que compartían la abuela Sogen y su hijo Akira, su nuera y un nieto soltero con no demasiadas luces y al borde de la jubilación, fue el más pequeño de los hermanos, Yukio, con su mujer y sus tres vástagos acompañados de maridos, esposas y nietos. Al rato hizo acto de presencia la única hija de la señora Sogen, Etsuko, ya viuda, con parte importante de su pequeña familia. Un nieto y una nieta no acudían por residir él en Estados Unidos y por encontrarse ella de viaje turís-

tico, cámara en ristre, por algún lugar de la vieja Europa. Como era costumbre y tenían pactado, todos llegaban con gran alboroto y dando muestras de manifiesta alegría, para que en el barrio se enteraran de su llegada. Dicha alegría era interpretada erróneamente por los vecinos, que pensaban que se debía a la emoción del reencuentro con la anciana. ¿Y si era ese el último año que podían verla con vida? La representación de la felicidad tenía otro objetivo como otras eran las razones de la visita. Tras los besos y los abrazos, ostentosos en exceso, en plena calle o en el umbral de la casa, hijos, nietos, biznietos y algún tataranieto se perdían tras la puerta del hogar. Las persianas, las cortinas y visillos clausuraban entonces el secreto que se encerraba entre sus paredes a las miradas ajenas. Ningún otro día había espacio para la curiosidad exterior, mucho menos cada 25 de septiembre. De todas maneras, por si sí o por si no, para no cometer errores, cada miembro de la familia de So-

gen Mitshuishi se metía de lleno en su papel y asumía su personaje como parte importante de la escenificación que se disponían a llevar a cabo.

- ¿Cómo está mamá? –preguntó Etsuko a su hermano Akira.

- Muy bien. Estupendamente, como siempre –le respondió éste.

- ¿Podemos verla? –preguntó Yukio.

- Claro que sí. Pasad a su habitación.

Os está esperando y arde en deseos de veros otro año más.

- Yo le he traído un regalo. Un camisón –dijo la esposa del hermano pequeño-. Espero que sea de su talla y le quede bien.

Los demás, nietos y biznietos sobre todo, se deshicieron en halagos a la abuela o abuelita Sogen, como la llamaban los de menor edad, enseñándose sus regalos entre sí antes incluso de que la anciana pudiera verlos. Que si un set de maquillaje para que luciera guapa los días de fiesta. Que si un

MP3 para que no se aburriera. Que si una mantita eléctrica para aliviar los dolores musculares. Que si unas zapatillas de estar en casa por si le daba por levantarse. Que si un librito de *haikus* con las letras gigantes. Que si un vaso nuevo y un frasco de pastillas efervescentes para la limpieza de la dentadura postiza. Que si una peluca rubia de cabello natural para que se sintiera rejuvenecida. Cada cual se pavoneaba orgulloso por lo original o lo práctico de su regalo, sin tener en cuenta para nada la opinión de la anciana, a la que tal vez la peluca no le gustara, la masticación no fuera el más importante de sus problemas, le aburriera soberanamente la poesía, prefiriera andar descalza por la casa o con sus antiguas *getas*, no supiera manejar el reproductor de música o no tuviera la más mínima intención de maquillarse porque se encontraba muy a gusto con la palidez extrema de su rostro de geisha.

- ¿Y habrá tarta también como los años anteriores? –se interesaron los más golosos.

- Faltaría más –respondió como un rayo la anfitriona, Kikue-. Más grande y más dulce que la del año pasado.

- Tampoco hay que pasarse, que aquí el que más y el que menos tiene el colesterol alto, lo amenaza una subida de azúcar y alguna que otra enfermedad que puede ser mortal –dijo algún gracioso.

Y nunca faltaba el despistado que preguntaba cuántos años cumplía la abuela.

- Ciento ocho. Ciento ocho. Toda una cifra, ¿no creéis? –se apresuró a responder el hijo pequeño de la señora Sogen Mitshuishi.

La anciana descansaba de lado en su cama, momificada, con la rigidez propia de un cuerpo que hubiera sido petrificado por la lava del Vesubio a los pies de Pompeya. A su muerte, y con la ayuda de un taxidermista de Osaka aficionado al sake, los her-

manos despojaron el cuerpo de la madre de vísceras y la convirtieron en un remedo de ser humano inerte. No los movieron el amor, ni la pasión filial, ni el deseo de tenerla siempre presente, ni siquiera la crueldad. Más bien fueron el egoísmo y la codicia los motores de aquel acto desalmado. El taxidermista fue contratado por teléfono y conducido al domicilio de la difunta con los ojos vendados, para que no pudiera desvelar el destino de su trabajo. Unos míseros yenes y unas botellas de sake bastaron para sellar su boca. ¿Qué le importaba a él la razón por la cual aquellos dos tipos querían embalsamar a una vieja? Lo consideró un trabajo excepcional, su particular obra maestra, acostumbrado como estaba a disecar sólo pequeños mamíferos y algunas aves rapaces. Lástima no poder firmarla.

- ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Abuela! ¡Abuelita! —dijeron varias voces al unísono al entrar en su habitación.

La señora Mitshuishi no se inmutó. Ajena a las conductas absurdas de un mundo al que no pertenecía desde hacía tiempo, permaneció inmóvil en la misma postura. Sólo la intervención del hijo mayor, Akira, que la giró sobre el colchón hasta quedar de frente y con las piernas flexionadas, igual que un bicho fulminado con altas dosis de insecticida, le confirió una movilidad momentánea disfrazada de vida.

Uno por uno, todos los miembros de su familia allí presentes se acercaron a su lecho y depositaron un beso frío sobre su fría frente. Incluso el más pequeño de sus tataranietos, al que le daba miedo besar a la abuelita porque temía que le atrapara con sus extremidades rígidas y le succionara la sangre y los jugos, como había visto en una película antigua de zombis, vampiros o fantasmas translúcidos venidos allende los dominios de la electrónica, no lo recordaba bien, cumplió con el rito del beso previo a la celebración del cumpleaños. Y un par de

biznietos, que salieron de la estancia dando arcadas del asco después de unir sus labios a la piel muerta de la frente de la abuelita Sogen. Y es que por mucho que lo intentaban año tras año no terminaban de acostumbrarse a aquel gesto que tenía algo de teatro y mucho de necrofilia.

Luego, una vez concluida la ceremonia del beso, entre los más jóvenes y fuertes de la familia sacaron a la anciana de la cama y la llevaron al salón de la casa, donde Kikue, su marido y su hijo ya tenían todo preparado para el banquete. La colocaron, como correspondía por ser la matriarca y la persona de mayor edad, presidiendo la mesa. Todos tomaron asiento alrededor. Algunos estómagos rugieron famélicos de hambre.

- ¡Qué buena pinta tiene todo! –dijo alguien.

- ¡Y qué bien huele! –añadió otro.

- A mí los viajes me abren el apetito de una forma que no puedo controlar. Co-

mo tanto que después tengo terribles dolores de barriga. Los gases también contribuyen, no creáis –dijo Etsuko, la única hija de la señora Sogen Mitshuishi.

- Bueno, pues no se hable más. A comer, que mamá seguro que está deseando de que llegue ya la hora de la tarta –dijo el anfitrión.

- Es tan golosa la abuela. Le gusta tanto lo dulce –dijo Kikue.

Encima de la mesa había de todo lo imaginable. Platos con comida tan variada y abundante como para alimentar a un regimiento de samuráis hambrientos tras la batalla. Arroz en todas sus variantes: con curry, con pollo y salsa picante coreana, cocinado con azuki... Okonomiyaki. Bento. Yakisoba. Sashimi. Korokke. Tonkatsu. Kushiyaki. Omu-soba. Takoyaki. Ramen. Sushi. Y otros platos típicos que no podían faltar en una celebración tan importante. Refrescos, vino, cerveza y sake constituían el contrapunto líquido. En silencio, los co-

mensales agarraron sus palillos, agacharon las cabezas como si rezaran una oración, en señal de respeto, y a una señal de Akira, el mayor después de la abuela, atacaron la comida aquí y allá igual que fieras voraces que hubieran sido condenadas a guardar ayuno durante una semana. Atrás habían dejado la contemplación de las formas de una cultura milenaria como la japonesa. Presos de un ataque de gula comieron y comieron hasta dar con todos los platos. Al parecer, en aquella familia no se conocían las restricciones alimentarias propias de estados de salud delicados. Sólo la señora Sogen Mitshuishi, en su calidad de convidada de piedra, no probó bocado. Los demás saciaron su apetito. Algunos se palparon el vientre entre grandes risotadas para mostrar que estaba lleno, a reventar, como una bola del mundo a punto de estallar.

- Y ahora, a repartir el pastel –dijo Akira.

- ¡Eso, eso! – exclamó uno de los nietos.

- ¿Antes de la tarta? –preguntó Et-suko teatralmente compungida.

- Claro, mujer, como siempre, o es que no te acuerdas de un año para otro –dijo Kikue.

- Vamos pues. Recojamos la mesa entre todos –sugirió Yukio.

La familia en pleno, excepción hecha de la anciana, se levantó y en unos minutos la mesa estuvo completamente limpia. Todos tomaron asiento de nuevo menos Akira, que fue a su estudio y regresó con una hoja de papel en una mano y un sobre en la otra. De pie, entre su madre y su esposa, leyó:

- El total de este año asciende a dos millones cuatrocientos mil yenes: doce meses a doscientos mil yenes hacen dos millones cuatrocientos mil yenes, más dos pagas adicionales a otros doscientos mil yenes cada una suman un total de dos millones

ochocientos mil yenes. Según acuerdo tomado en la reunión familiar celebrada el 25 de septiembre de 1992, la cantidad percibida en concepto de jubilación a nombre de nuestra madre y abuela Sogen Mitshuishi habría de repartirse de la siguiente manera: un 40% para el matrimonio formado por Akira y Kikue en calidad de custodios del cuerpo y gestores económicos de dicha paga por jubilación, un 20% para Etsuko y otro 20% para Yukio y su esposa. El 20% restante habrá de repartirse a partes iguales para cada uno de los nietos, que lo compartirán posteriormente entre sus hijos y nietos como les venga en gana. Así pues, una vez realizadas las operaciones de reparto pertinentes, a Kikue y Akira le corresponde la siguiente cifra: 1.120.000 yenes. A los demás: Etsuko, Yukio y señora, y nietos la cifra de 560.000 yenes respectivamente. Estos últimos 560.000 yenes habrán de dividirse entre los seis nietos a partes proporcionales, por lo que a cada uno le pertene-

cen 93.333. Kobe, 25 de septiembre de 2010. ¿Estamos todos de acuerdo?

- Sí –dijo Yukio.

- Sí –dijo Etsuko.

La señora Sogen Mitshuishi permaneció, como el año anterior y el otro y del antes y así hasta los dieciséis que llevaba muerta, ajena al reparto de unos beneficios obtenidos a su costa.

- ¡Viva la abuela! –gritó alguien.

- ¡Viva! –respondieron todos al unísono.

El anfitrión abrió el sobre que contenía los billetes ya contados y atados con una gomita en paquetitos y los fue extendiendo a hermanos, hijo y sobrinos.

- Contadlos por si me hubiera equivocado.

- De eso nada, hermano. Confiamos plenamente en ti. Si no nos has engañado en todos estos años, ¿por qué habrías de hacerlo ahora? –dijo Yukio.

- Muy bien, como queráis. Guardadlo porque vamos a soplar las velas y a comernos la tarta de cumpleaños. Kikue trae...

No le dio tiempo a terminar la frase a Akira porque la campanilla de la puerta sonó con un tintineo alegre que era por otro lado presagio de alguna incomodidad pasajera cuando no de una tragedia en toda regla.

La familia de la señora Mitshuishi en pleno enmudeció, congelado cada cual en un gesto de fastidio, sorpresa o pánico. Las miradas se repartieron a partes iguales entre la anciana y el lugar desde el que provenía el sonido.

- ¿Quién leches será ahora?
-preguntó en voz baja el hijo soltero de Akira y Kikue.

- ¿Qué hacemos? -preguntó otro nieto.

Con paso sigiloso, uno de los biznietos se acercó a una de las ventanas, la que

quedaba más alejada de la puerta. Escrutó el exterior con cuidado de no ser visto y dio la voz de alarma.

- ¡Son una gente que trae una tarta muy grande cubierta por entero de velitas!

- ¡Maldita sea! ¡Los del Ayuntamiento! —exclamó hecho un manojo de nervios Akira.

La campanilla volvió a repartir su alegre tintineo por toda la casa. Tenían que actuar con celeridad si no querían que el barrio entero saliera a la calle y entre todos descubrieran el enorme pastel que llevaban años repartiéndose. ¿Y si desvelado el engaño les pidieran la devolución íntegra de todo lo cobrado de manera indebida? ¡Qué tragedia! Aquello era el acabose, la deshonor para toda la familia. La hija de la señora Mitshuishi se acercó a ella y con las manos juntas le imploró perdón repetidas veces por ocultar su defunción con fines claramente crematísticos, pero es que la situación económica de todos ellos no pasaba

por un buen momento en aquel lejano 1992 y su paga se les antojó una ayudita, una solución momentánea a sus necesidades. Luego ya no supieron cuándo parar y así habían continuado cobrando su jubilación hasta el día de hoy en que, si nada lo remediaba, las autoridades municipales se iban a encontrar en el centro de su representación teatral.

- ¿Qué hacemos? Algo hay que hacer. Si nos pillan estamos perdidos –dijo Yukio buscando con la mirada un hueco donde esconderse llegado el caso.

- No perdamos la calma. Si nos ponemos nerviosos se van a dar cuenta enseguida –dijo Kikue aparentando una gran serenidad.

- Eso es muy fácil de decir, pero ¿alguien tiene una idea que nos pueda salvar del desastre? -preguntó Etsuko-. Si no os hubiéramos escuchado a ti y a mi hermano ahora no nos veríamos envueltos en esta situación tan delicada.

Y antes de que su cuñada sacara las uñas como una gata presta a arañarla o diera rienda suelta a su lengua bífida con acusaciones a diestro y siniestro que pudieran ocasionar una hecatombe familiar, uno de los biznietos alzó la mano igual que si pidiera turno para participar en un debate público y habló a continuación sin que nadie le diera la palabra:

- Yo.

Todas las miradas de la casa menos la de la anciana, que seguía perdida en algún lugar indefinido de un horizonte situado justo entre la cortina de la ventana, la avenida del exterior y un paisaje reservado sólo para ella, se dirigieron hacia quien aseguraba tener la solución. Nadie, sin embargo, se atrevió a formular la pregunta ¿cómo? que se quedó flotando en el ambiente igual que una mota de polvo náufraga.

La campanilla sonó una tercera vez y alguien de la comitiva se acercó a una

ventana. No podían decir que no estaban en casa porque la luz encendida del salón les delataba.

- Hay que continuar fingiendo. Si hemos sido capaces de hacerlo en la intimidad durante tantos años, podemos prolongar nuestra actuación un poco más. Con público, es cierto. Inesperado, también. Demostremos nuestra valía interpretativa. Que no se diga que los descendientes de la señora Sogen Mitshuishi se arrugan ante una contrariedad sin importancia.

Incrédula, la familia necesitaba algo más que simples palabras para acometer la tarea. El que más y el que menos sudaba la gota gorda.

Brevemente, el biznieto explicó a los demás lo que debían hacer para que todo saliera bien. Si seguían al pie de la letra sus indicaciones nadie se daría cuenta de nada. Era cuestión de minutos. Recibirlos, darles las gracias, soplar las velas y adiós muy buenas. Luego todo volvería a la normali-

dad. Acostarían de nuevo a la abuela, le besarían la frente para despedirse y cada cual regresaría a su casa con sus billetes a buen recaudo en el bolsillo. Y hasta el año próximo, en que si la previsión no era errónea el gobierno subiría las pensiones un tanto por ciento para acomodarlas al coste de la vida.

Como dueño de la casa, le tocó a Akira abrir la puerta y recibir a la comitiva municipal.

- Buenas tardes, señor. Permita que me presente. Soy Hiroto Watanabe, alcalde de la ciudad. Quienes me acompañan son concejales del Ayuntamiento. Disculpe que nos presentemos así de improvisado en su domicilio, pero la razón justifica de sobra nuestro comportamiento. En este día tan señalado para su familia quisiéramos humildemente rendirle un homenaje a su señora madre en su ciento ocho cumpleaños. Sabemos que ustedes siempre han rehusado toda consideración institucional

hacia ella. Es sin embargo nuestra obligación, como representantes elegidos democráticamente por el pueblo, transmitirle a la señora Mitshuishi nuestros respetos que lo son a un tiempo nuestros y de toda la comunidad. Sabiendo también que celebran en familia fecha tan señalada no deseamos robarle más tiempo del necesario, el justo para entregarle esta tarta en la que mi compañera aquí presente, la señorita Nanami, ha tenido la paciencia de insertar nada más y nada menos que ciento ocho velitas. Y esta placa bañada en plata —extendió las manos para que otro de los acompañantes le acercara la caja con la placa en cuestión para mostrársela— como recuerdo de este día. Es nuestra intención que si la señora Mitshuishi continúa cumpliendo años, y ojalá lo haga en el mejor estado de salud posible, hacerle entrega cada 25 de septiembre de una nueva placa que dé cuenta de su proeza existencial.

Mareado por la verborrea incontenible del señor Watanabe, Akira sólo alcanzó a decir:

- Pasen, están ustedes en su casa.

Les franqueó la puerta y entraron todos, uno a uno, en fila india, con pasitos cortos, como si temieran provocar algún tipo de ruido molesto para la centenaria señora a la que pretendían homenajear.

La familia en pleno se encontraba sentada alrededor de la mesa del salón. Sólo faltaba el biznieto que había tenido la ocurrencia de ocultarse detrás de la bisabuela, bajo la manta con la que la habían arropado en un ejercicio de simulación cuyo resultado todos ponían en duda. Habían bajado la intensidad de la luz para dejar el salón en una semipenumbra que no molestara a la anciana. Era la excusa argüida antes las autoridades, así disimularían mejor el engaño.

- Deje la tarta aquí –dijo Kikue señalando una mesa en la que ya había otra

con tres velas con forma de número: un 1, un 0 y un 8, mucho más pobre y menos sabrosa a la vista.

- Gracias –dijo Nanami.

Como muestra de respeto, la comitiva entera se inclinó ante la presencia de la anciana, que mantenía los ojos cerrados.

- Últimamente anda mal de la vista. Le cuesta tener demasiado rato los ojos abiertos. Y apenas habla. Pero de oído anda fenomenal. Díganle lo que quieran y ella se lo agradecerá en silencio –dijo Yukio.

El único que habló fue el alcalde. Por ser el representante máximo del ayuntamiento y por no cansar a la anciana. Los demás permanecieron en un segundo plano, expectantes, con una sonrisa que parecía esculpida en los labios.

- Felicidades, señora Mitshuishi. ¿Cómo se encuentra? Espero que muy bien, aquí rodeada de los suyos. Porque está contenta, ¿verdad?

Entonces, el biznieto que se agazapaba tras ella, por dotar a la escena de mayor realismo, subió la mano por la espalda de su bisabuela y tomándola con suavidad del cuello, la movió un poco hacia adelante, tal autómata en señal de asentimiento. Estaba feliz pues de contar con casi toda su familia en la celebración de su cumpleaños.

- Ah, muy bien. Fantástico. No sólo me oye sino que también puede responderme. Me alegro mucho. Y ¿cómo se siente? ¿Se ve con ánimos de aumentar esta cifra de ciento ocho años?

La marioneta en la que se había convertido la señora Sogen Mitshuishi volvió a inclinarse afirmativamente.

- ¿No le apetecería salir de vez en cuando a dar una vuelta por la ciudad?

Con la celeridad propia de quien tiene las ideas muy claras, el biznieto negó a través de la anciana con un rápido movimiento.

- ¿Ni siquiera si unos trabajadores del ayuntamiento se encargaran de todo? Mire que no tendría ningún problema y que le facilitarían el acceso a donde usted quisiera.

Una nueva negativa, contundente, fue la respuesta.

- Aquí tiene todo lo que necesita. Cuidados, paz y amor –dijo Kikue.

- Claro, pero el aire fresco y el sol son muy beneficiosos –insistió el alcalde-. Piénselo, aunque sea para las próximas elecciones municipales. Por cierto, espero que nos vote a nosotros querida señora. Su voto sería muy especial. ¿Nos votará? –preguntó con el maquillaje de una sonrisa estúpida en su cara redonda de político no demasiado espabilado.

Por contentar al señor Watanabe, el biznieto de la anciana movió el cuerpo adelante y atrás para que pudiera interpretar sin posibilidad de duda que en su papeleta operaría por su partido, sea el que fuere.

- Muchas gracias, señora. Su voto será nuestra inspiración para continuar trabajando por el bienestar de todos los vecinos de nuestra ciudad.

Y antes de que el alcalde se despidiera de ella y de su familia con el orgullo del deber cumplido, la señorita Nanami le tocó el hombro con dos dedos y con un gesto de la mano le sugirió que se retirara con ella a un aparte.

- Disculpen –dijo dirigiéndose a la familia, que se quedó expectante a la espera de que concluyera aquella especie de reunión municipal. Todos estaban relativamente tranquilos, pues hasta el momento el muchacho tras la anciana parecía tener controlada la situación.

Después de unos minutos de charla con su compañera y con el resto de la comitiva que lo había acompañado, el alcalde volvió a colocarse enfrente de la señora Sogen Mitshuishi y habló para la familia antes de hacerlo en exclusiva para ella.

- Perdónennos por esta falta de delicadeza. Nosotros ya nos vamos para que ustedes puedan terminar de celebrar el cumpleaños soplando las velas y comiendo el pastel. Pero no quisiera despedirme sin antes plantear una última pregunta a la señora. ¿Estaría usted dispuesta a repartir su paga entre los miembros de su familia y nosotros?

Se hizo un silencio de sepulcro en el salón. La tensión podía cortarse con el mismo cuchillo que serviría para trocear la tarta. Al biznieto oculto se le trocaron las manos en piedra, paralizado por su incapacidad para dar una respuesta.

- La pregunta es muy sencilla mi querida señora. ¿Compartiría usted el fruto de su jubilación con estos humildes servidores de la ciudadanía de Kobe?

Nada. Nadie movió un solo músculo. Algunos corazones se aceleraron en una arritmia que bien hubiera podido desembo-

car en infarto de no ser porque el alcalde puso el punto final a la representación.

- Díganle a la persona que se esconde detrás de la abuela que responda sí a la simple pregunta de si repartiría con nosotros las ganancias obtenidas de manera fraudulenta.

El biznieto de la señora Sogen no necesitó que nadie de su familia articulara palabra. La anciana se inclinó hacia adelante en señal de asentimiento y el hombre salió todo abochornado de detrás de ella. La manta que lo había cubierto cayó al suelo dejando a la mujer en su inmovilidad a la vista de los responsables municipales.

- Muy bien. Así me gustan las cosas: claras. Bueno y ahora que ya hemos resuelto este pequeño dilema ético, disfrutemos todos juntos, como una familia bien avenida, de un rico trozo de pastel que nos endulce el amargo sabor de este final quizá inesperado para algunos.

Dicho esto, el señor Watanabe y sus correligionarios se sentaron a la mesa y esperaron a que alguien les ofreciera un pedazo de tarta. Fue Kikue la que, con una sonrisa de oreja a oreja más falsa que el beso de Judas, después de encender las velitas, desear un feliz cumpleaños a su suegra y pedir a todos que soplaran para apagarlas, repartió cuñas de dulce. Luego, su marido se retiró a su despacho para regresar al rato con un nuevo contrato en el que se incluía la participación del alcalde y sus concejales allí presentes. A sus hermanos Etsuko y Yukio no les pareció bien que se redujera en un 10% por igual el primitivo reparto. Así pues, tras una pequeña discusión en la que los munícipes no participaron, atareados como andaban en engullir pastel, la división quedó de la siguiente manera: un 25% correspondería a Akira y Kikue, un 15% a cada uno de los otros hijos de la señora Sogen Mitshuishi, un 10% a repartir entre los nietos y el 35% restante para la

corporación municipal allí representada en la figura de su alcalde. A todos satisficieron los términos de un contrato que nadie firmó para no dejar su rúbrica impresa en un documento que en el futuro alguien podría usar en su contra.

De esta manera, la anciana señora Mitshuishi, muerta a la edad de noventa años, continuó viviendo hasta los ciento dieciséis en que el señor Hiroto Watanabe y los miembros de su partido perdieron las elecciones después de haber sido acusados de corrupción, tráfico de influencias, malversación de fondos públicos, enriquecimiento indebido y chanchullos miles de difícil catalogación, y el gobierno central, escamado por la presencia en el censo de miles de centenarios que continuaban percibiendo una paga por jubilación más allá incluso de los ciento treinta años decidiera investigar la veracidad de los datos.

